

# Francisca Sánchez en Madrid



Rubén Darío, retrato por SALVADOR GALANT.

TENGO debajo de la firma de Rubén Darío la de Francisca Sánchez, con su letra pequeña y vacilante, que el poeta a veces y otras Amado Nervo le enseñaron a modular en trazo y nombre balbuciente como la ternura de los niños cuando pronuncian su primera palabra.

La conocí en Madrid, en hábito de penitente, detenida en el tiempo de Rubén, en el recuerdo claro de sus manos, en las manos del hijo aun iluminadas desde la fotografía que me ofrece. Para ella fueron las doncellas blancas, el cristianismo y el arrepentimiento. El alba tierna para el olvido del pecado, de los príncipes rojos, de los cultos de Venus.

Me cuenta, como a un convalesciente, cosas simples y esperanzadas, de esas que se dicen con un murmullo para que vivan mucho tiempo, en aguas de nostal-

gia. “Yo velaba mientras él escribía, y le preparaba sopas de tortuga o pichones dorados”. A veces, en el descanso, mientras gustaba un buen caldillo reconfortante, le leía la estrofa límpida, musical, elocuente como la misma autora que con ella nacía. Otras, junto a la cuna del hijo, detenían la común congoja por la salud del niño y el hombre se estremecía como padre, violento en el dolor como en el gozo. Y Francia recrea para mí el instante con tanta fuerza evocadora que puedo ver el gesto de impotencia de las manos, la rebelión del cabello, la mirada del poeta oscura de presentimientos dolorosos.

Vivía en Gredos, Francisca Sánchez del Pozo, mujer de Rubén Darío, a quien dio el amparo de su simplicidad y de su ternura. A él, símbolo de la arrogancia y de la fuerza, al hombre apasionado y turbulento que ella amó más allá de la muerte. Vivía en Gredos trizando el hielo en la batea para el oficio del lavado, aún en la ancianidad lúcida y do-

*Catalina A. de Husson*

iente siempre llena de lágrimas. De allí la rescataron con su legado que donó a España desatendiendo en su pobreza las ofertas en monedas fuertes con que la tentaron para desprenderse de sus tesoros. Como aquel cuaderno de hule negro que vi en el "Seminario Archivo Rubén Darío", conteniendo los manuscritos del *Poema del otoño* y de *Oro en Mallorca* que cruzó el Atlántico con él y volvió a España, estuvo en Panamá y Nicaragua, y guarda aún junto a versos inéditos, dibujos y memorias. Durante cuarenta años en un lugar hosco, con la sierra de Gredos como muralla y los altos chopos como centinelas y donde cada papel era como una antigua vasija arrancada a la tierra que nos devolvía al frescor y la palpitación de los días del poeta.

Don Antonio Oliver, creador del Archivo de la obra generosa que lo hizo posible, me conduce hasta la casa de Francisca, donada por el gobierno de España. Desde el banconcillo, Francisca Sánchez evoca la muerte del poeta pregonada como la del "Príncipe de las letras", noticia que la desvanece y a partir

de cuyo conocimiento viste el hábito del Carmen y oficia el culto de Rubén. En mi primera visita corrió para buscarme una cerveza, habló de la Argentina, humedeció con su llanto el rostro bondadoso. Yo era entonces una becaria en Madrid y aquellos días no tenían los límites del tiempo.

Ayer, mañana, se distinguían por la naturaleza del milagro, traían nombres olvidados, volvían los duelos o la gloria para que yo las viviese. Rubén ha muerto. ¿Le gusta a Ud. el *Canto a la Argentina*? Todo era reciente y fresco, crecía adentro de mi corazón y me hacía partícipe de la emoción o la congoja.

En mi última visita, Francisca Sánchez me acompañó hasta la plaza vecina siempre el rostro bañado en lágrimas como una fuente. Dejé sobre su hábito mi collar de perlas. Una naciente claridad brotó entonces desde su crespón oscuro, desde la sombra violada del crepúsculo, desde su memoria entregada ya para siempre al nacimiento de una muerte.